

## Historia de la Oficina en Tiempos de Coronavirus

Regina Valenzuela Alcalá-Santaella

Cuando pienso en el aislamiento por el covid-19 me invade una sensación de angustia y en mi cabeza se suceden las imágenes del hospital de campaña de Ifema, de los enfermos entubados y de los mayores encerrados en sus residencias.

Paulatinamente esa angustia es sustituida por el alivio. Alivio porque gracias a Dios no hemos tenido que despedirnos de ningún ser querido.

Y hablando de Dios, para mí el aislamiento ha estado marcado por una extraña Semana Santa retransmitida desde Roma. Un vía crucis que me impactó por los testimonios que giraban en torno a los presos en un momento en el que, sin crimen aparente, nos encerraron también a todos en casa so pena de multa y sin juicio condenatorio.

"Salir" del encierro se tradujo durante un largo mes en esperar a las 16:40 para que Peppa Pig apareciera en la tele e hiciera de canguro cuidando a mis hijas de 6 y 3 años, que se quedaban solas en casa mientras yo bajaba con el corazón en un puño a comprar las medicinas que mi marido me pedía para combatir en soledad lo que asumimos ha sido el covid-19.

Su aislamiento resumido en la bandeja que le bajaba a su habitáculo independiente varias veces al día con comida en platos de plásticos, recordando una vez más a los presos del vía crucis. Y menos mal que aún me quedaban esos platos de la celebración del Bautizo de mi hija pequeña porque los platos de plástico fueron de esas cosas que durante las primeras semanas del confinamiento se agotaban rápidamente, al igual que la lejía y la masa para empanadillas. Un supermercado que no rebosaba la abundancia habitual. Innecesaria y banal abundancia de nuestras vidas sobre la que mucho se ha escrito durante esta crisis.

Escenas cada vez más bizarras: esperas bajo la lluvia para entrar en una farmacia con líneas de indicación de distancia surgidas repentinamente en el suelo y nuevas pantallas divisoras en los mostradores como si estuviéramos en una visita carcelaria; colas en el supermercado ataviados todos con mascarillas; o controles policiales más dignos de investigaciones criminales que de preocupados confinados haciendo una compra para dos largas semanas. Afortunado

aquel que tenía una mascarilla (ni que fuera una quirúrgica reutilizada como la mía) y guantes que pasaran desapercibidos. Rápidamente aprendidos lo que nos repetían era la "distancia social", concepto que esperemos caiga pronto en desuso cuando entremos en esa "nueva normalidad" que nos aguarda. Ojalá nos aguardara simplemente la normalidad sin calificativos.

El aislamiento está siendo agotador porque al trabajo y a las interminables tareas domésticas (atrás quedan ya las tareas de cuidado de un enfermo aislado, menos mal) se ha sumado el ser la profesora de mis hijas, que no han tenido más remedio que hacer cuantos cuadernillos Rubio ha publicado para su edad. Ellas felices.

Pero también ha sido un periodo de "family bonding" (gráfico anglicismo), algo bonito con niños aún pequeños que se apuntan a todo lo que no sea dormir la siesta. Cuestión diferente ha debido de ser la de compañeros con potrillos adolescentes enjaulados. Qué pena me dio cuando, al interesarme por la hija de una compañera, me contó que a lo nervios de la EBAU se sumaba la tristeza de la cancelación del viaje de fin de curso o de la graduación del instituto (hablando de préstamos del mundo anglosajón). Bendito Interrail de mi época.

Pero volviendo a la experiencia del encierro, durante el mismo hemos dejado volar la imaginación para, como siempre dice mi madre, evitar esa frecuente correlación entre un niño aburrido y aquel que te destroza la casa. Por las tardes las niñas y yo nos hemos entretenido con mil y una actividades, muchas de ellas ideas de compañeros de la OEPM que también son "inexcusablemente padres": coronas de chucherías, fluido no newtoniano, arcoíris de lentejas y garbanzos, muñecas recortables con su ropita intercambiable o criado de renacuajos cuando ya, por fin, se nos permitió salir a la calle. Además, he enseñado a mi hija mayor a jugar al Uno y a las damas (prometiéndole que cuando lo domine pasaremos al ajedrez) y ambas nos hemos mirado sorprendidas cuando más de una vez la pequeña nos ha metido una paliza a la Oca con cuatro soplitos al cubilete saltando de oca a oca, de dado a dado y de ahí, gloriosa, directa a la meta. No se le entiende la mitad de lo que dice salvo su eufórico "he ganado, has perdido".

La irrupción de la tecnología en nuestra vida también ha sido notable, especialmente para nosotros que nunca habíamos hecho uso de ella para tener ocupadas a las niñas. De ahí que mis hijas en alguna ocasión me hayan dicho prefirieran mis "clases" a las que semanalmente nos empezó a convocar su colegio después de Semana Santa cuando ya

todos perdimos la esperanza de que se retomara la rutina del patio y el bocadillo (hoy reconvertido en almuerzo saludable en tartera sin papel de plata ni azúcares). Celebrar el cumpleaños de mi madre por Whatsapp, ella desde casa de mi abuela, mi hermano entonando el cumpleaños feliz al piano en su casa y nosotros en la nuestra soplando la tarta ha sido curioso cuanto menos. Y eso que estamos acostumbrados a “ciberrelacionarnos” al ser familia con doble nacionalidad y tener abuela, tíos y primos al otro lado de la frontera, ¡hace cuánto no hablábamos de fronteras internas dentro de Europa! Pero esta vez se nos ha hecho muy diferente porque la separación familiar era impuesta.

Como conclusión sólo puedo decir que nosotros no hemos sufrido el covid-19 como muchas otras personas que lo han pasado en un hospital, sin poder velar a sus muertos o completamente solos en casa sin nadie a quien abrazar. Tampoco, por ahora, tenemos la angustia de haber perdido el trabajo en un momento que se augura de profunda crisis económica, cuestión que puede dar lugar a mucho debate en torno a la gestión de esta crisis sanitaria, pero que no es motivo de este relato. Por todo ello, considero que hemos sido unos confinados afortunados.

Además de los obligados aplausos de las 20:00 a sanitarios y a otros héroes anónimos, me quedo con Capitán, el simpático gato callejero que espontáneamente acompañó a mi marido desde la ventana durante su aislamiento. Capitán simboliza para mí esa necesidad de cercanía que el coronavirus ha hecho que recordemos. Pero, sobre todo, este aislamiento lo recordaré como el paréntesis en el que enseñé a mi hija mayor a leer. Me perdí sus primeros pasos por un viaje de trabajo, pero ahora, años más tarde y debido a estas extrañas circunstancias, ha sido mi mano la que ha cogido para entrar en el maravilloso mundo de las letras.

Los Molinos a 20 de mayo de 2020

## El relato en fotos



El primer día que bajé a la compra.



Abrazos virtuales a los compañeros de clase bajo la atenta mirada de los renacuajos.





Mascarillas reconvertidas en coquetos bolsos.



Capitán.